

12/06/2015



**TESTIMONIOS** - El 10 de agosto de 1980, la doctora y monja maestra de Santa Dorotea Lucia Sabbadin llegó a Rukago, en Burundi. Durante siete años compartió la vida de ese pueblo pobre, sencillo y rico de valores cristianos y humanos. «En el hospital, día y noche, curamos a mamás y niños, que iban para ser vacunados, pero sobre todo les dimos indicaciones sobre la educación sanitaria. Además de los cuidados, la educación: formamos a decenas y decenas de enfermeras. Ese centro sanitario era el pulmón de la misión». Después, antes del golpe de estado, comenzaron las expulsiones. «Desgraciadamente, las consecuencias fueron desastrosas para la salud y para la educación del pueblo. Burundi está pasando nuevamente un momento crítico, esperemos que no se repitan los desastres del pasado. Y luego, durante 20 años, estuve en Bukavu, en la República Democrática del Congo, en un hospital que vivió una verdadera revolución. Desde 2008 estoy en Camerún, en un país aparentemente más evolucionado, en el que conviven situaciones humanas y sociales catastróficas: familias inexistentes o laceradas, niños y jóvenes abandonados, corrupción, una carrera hacia el poder y la amenaza absurda de Boko Haram que llega desde Nigeria».

El continente sigue siendo una tierra llena de problemas. «La vida social en África está marcada por conflictos armados, masacres y explotación perpetrados en la absoluta impunidad y a menudo animados por los responsables políticos, movidos por una sed de poder

y de dinero, en lugar de la voluntad de servir al pueblo. Verdaderas dictaduras a nivel continental que hacen que crezca el abismo que ya existe entre ricos y pobres».

Es por ello que la Iglesia en África debe «insistir en la reconciliación, en la justicia y en la paz. Es un programa desdeado: los africanos son muy religiosos y están dispuestos a celebrar en la liturgia al Dios de la vida, pero desgraciadamente cuando quieren encarnar la fe en la cotidianeidad se encuentran en dificultades, porque se topan con hostilidades y crímenes en nombre de los clanes, de las etnias y de las tribus. O bien deben lidiar con tradiciones ancestrales en las que la magia, la brujería y otras creencias pueden poner en problemas su fe».

El beato Pablo VI, el 31 de julio de 1969, se expresó de esta manera en Kampala: «Africanos, ustedes ya son los misioneros de ustedes mismos». «La misión en África les pertenece. El primer desafío es la formación de las conciencias. Es importante que la evangelización sea sólida y misionera, reforzando un itinerario de fe que cubra la existencia desde la infancia hasta la edad adulta».

Entre las prioridades, es necesario humanizar las relaciones entre las personas en la escuela, en el hospital, en la cárcel y en los lugares públicos. Ahora, más que nunca, se asiste al “homo homini lupus” también en África: «En la cárcel de Yaoundé, en la que están encerradas más de 4000 personas, la deshumanización está en su mayor nivel no solo por la promiscuidad y por la falta de espacio, de higiene, de agua y comida, sino, sobre todo, por la falta de respeto de los unos por los otros». Allí ofrece sus servicios como médico una vez a la semana, para curar enfermedades físicas, pero también para dar consuelo, para escuchar, para compartir y apoyar a los hermanos. «Si a nivel político y social, a menudo el horizonte –precisó– es oscuro, en la base hay muchos gérmenes de esperanza y recursos humanos y cristianos muy prometedores, porque el continente africano sigue siendo la tierra de un pueblo joven lleno de esperanzas, que quiere vivir y preparar un futuro mejor. La vida, en explosión, se percibe por todas partes. Basta entrar a una Iglesia o a una escuela para encontrar a muchísimos jóvenes llenos de energía y confianza. Muchos cristianos en África han sido eliminados, cancelados por el odio porque eligieron con plena conciencia permanecer al lado de su pueblo para compartir su destino y acompañarlo en la lucha por la libertad y la dignidad humana».

Muchas fuerzas negativas pueden frenar el entusiasmo y el amor. Y “arder para encender” es el lema de su congregación. Concretamente, se ocupa, con otras monjas, del proyecto “Juntos para un desarrollo integral de las curas accesibles”: el objetivo es «adquirir medicinas de calidad, que no estén adulteradas, y garantizar el acceso a las curas para los pobres. En un primer tiempo, queremos crear un gran almacén, adquiriendo medicinas para después venderlas

a un precio accesible a los centros sanitarios. Confiamos en que podremos ir al encuentro de muchos pobres para los que no existe el derecho a la salud».

Fuente: Vatican Insider, 05/06/2015